

El aborto, decisión de una

Laura E. Asturias

En los últimos 20 años no ha faltado quien tratara de sacarme una respuesta contundente (sí o no) respecto a si estoy a favor del aborto. Al principio me resultaba muy difícil contestar. Y es que yo, que tuve una hija y un hijo cuya existencia fue planificada, no podía imaginarme ante el dilema de interrumpir un embarazo, e incluso ahora se me dificulta saber qué habría hecho si hubiera tenido uno no deseado. Tampoco sé lo que es enfrentarse a un embarazo forzado, producto de la violación.

Pero fue mi propia experiencia lo que me llevó a responder que mi postura era a favor del derecho a decidir. Nadie (¡nadie!) es dueño del cuerpo de una mujer más que ella misma. Quizás esté tutelado hasta la mayoría de edad, pero es ella su sola propietaria. Nadie puede disponer arbitrariamente de ese cuerpo. Ella tiene el derecho a decidir con quién y cuándo compartirlo. Y es la única con autoridad moral para hacerlo. No la iglesia. No el Estado. No la madre, el padre, el hermano o alguien más.

Supongo que ésa era una postura fácil. No era demasiado osado asumirla. Pensaba que muchas personas, si tomaban como ejemplo a su propia hija, esposa, madre, hermana o amiga, estarían de acuerdo conmigo. A fin de cuentas, ¿quién en su sano juicio querría que una de ellas sea objeto de esas violencias? ¡Dios las libre!

Pasados todos estos años, mi postura ha cambiado. Para empezar, la magnitud de la violación sexual me hace hoy afirmar que si el cuerpo de una mujer es tomado a la fuerza por un hombre, provocándole un embarazo, sólo ella puede decidir lo que hará al respecto. En mi cabeza no cabe más que defender el derecho de toda mujer a recurrir al aborto. Y, al hacerlo, debería estar disponible para ella un servicio humanizado y de alta calidad.

Ahora soy mucho más sensible no sólo hacia las mujeres que, sin haber sido violadas, enfrentan un embarazo cuando ya tienen varios hijos a quienes mantener, a menudo en condiciones de pobreza extrema, abandonadas a su suerte por un Estado para el que ellas son sencillamente desechables.

También es mayor mi sensibilidad hacia lo que padecen las que sí fueron violadas: la complicidad del Estado con los violadores al no investigar los casos ni llevarlos ante la justicia; la total falta de disponibilidad de métodos anticonceptivos de emergencia cuando una mujer de cualquier edad acude pronto al Ministerio Público para denunciar; la satanización, por parte del personal de salud, que sufren las que llegan a los hospitales públicos con un aborto incompleto; la condena de una sociedad mojigata e hipócrita, y un largo etcétera.

En definitiva, estoy a favor de que las mujeres, en pleno ejercicio de sus derechos y de los dictados de su propia conciencia, opten por traer un hijo al mundo... o no traerlo.